

Homenaje a José Luis Ramírez

Laura Concepción Pescador-Cantón*

Como poseedor de una biblioteca, Aureliano se sabía culpable de no conocerla hasta el fin; esa controversia le permitió cumplir con muchos libros que parecían reprocharle su incuria.

El tiempo no rehace lo que perdemos, la eternidad lo guarda para la gloria y también para el fuego.

“Los Teólogos”
Jorge Luis Borges

José Luis Ramírez Ramírez, mejor conocido como *Pepe*, nació en el Distrito Federal en 1945, es hijo único de padres que se dedicaban al comercio. Su primer trabajo fue en la industria textil, era tejedor de tela de punto, mientras estudiaba comercio y contaduría privada. Posteriormente, Pepe ingresó al Instituto Nacional de Antropología e Historia, en 1968, precisamente como contador privado y después empezó a hacerse cargo del Archivo Administrativo que finalmente se convirtió en el Archivo Técnico-Administrativo, gracias a los constantes esfuerzos para unir la historia de los trabajos arqueológicos con la historia burocrática relacionada con ellos.

Este conocido personaje de la arqueología nacional recibió el archivo de manos de otro compañero que le proporcionó, como única herramienta práctica para su manejo, un manual que clasificaba los ejemplares del 1 al infinito, sin que

recibiera capacitación alguna. A partir de ese momento, y trabajando bajo las órdenes del arquitecto Ignacio Marquina como jefe del Departamento de Monumentos Prehispánicos, José Luis Ramírez inició un largo viaje con la pesada carga de 8 mil ejemplares que incluían entonces todos los informes técnicos donde se dibujaba claramente la historia de la arqueología mexicana.

Pero él no se conformó con cuidar lo que le habían encomendado y, como un arqueólogo, se dedicó a recopilar información dispersa en otras oficinas del INAH y en otros archivos. Así, logró rescatar los informes entregados por los investigadores al entonces Departamento de Publicaciones, que llegaban directamente ahí, enviados por los propios autores, para ser publicados en los *Anales* del Instituto, aquellos de la primera época cuando los arqueólogos tenían dividida la República Mexicana por regiones atendidas por ellos utilizando el apelativo de inspectores de Monumentos Prehispánicos. Entre estos personajes se encontraban grandes nombres de la arqueología mexicana como José García Payón, Jorge R. Acosta, Pedro Armillas, Henrich Berlín, Franz Blom, Alfonso Caso, Roque Cevallos, Daniel Rubín de la Borbolla, Ignacio Marquina, Wilfrido Du Solier, Agustín García Vega, Alfonso Medellín, Hugo Moedano, Eduardo Noguera, Enrique Juan Palacios y Alberto Ruz Lhuillier.

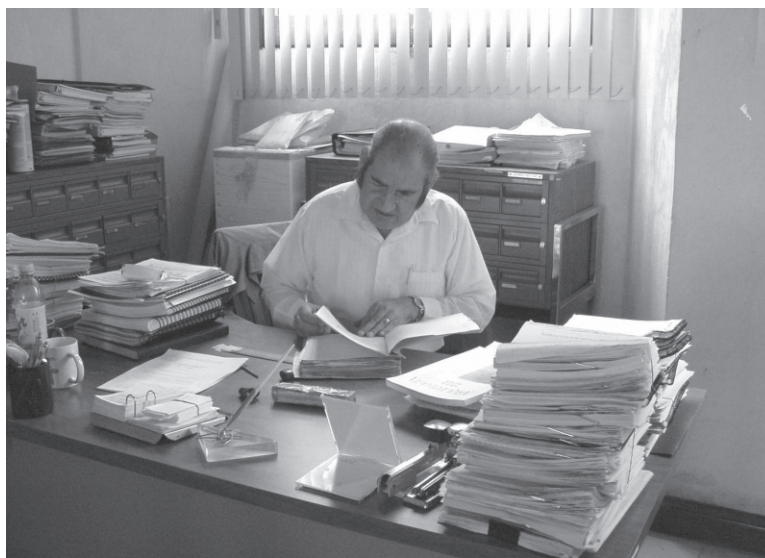
* Coordinación Nacional de Arqueología

Algunos de estos notables personajes fueron los jefes directos de *Pepe* en el Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos. Otros más fueron sus maestros y amigos, pero a quien más admira es a Jorge R. Acosta, a quien acompañaba en sus viajes a Tula y a Monte Albán a pesar de que no le daban permiso porque desde entonces ya era indispensable para el Consejo de Arqueología y para la Dirección de Monumentos Prehispánicos. Don Jorge, como él le llama respetuosamente, le insistió durante años para que lo visitara cuando trabajaba en Palenque, sin embargo, nunca pudo ir, a pesar de la insistencia y la disposición de don Jorge de pagarle el viaje completo.

El jefe de quien más aprendió *Pepe* fue de su tocayo José Luis Lorenzo, quien se caracterizaba por traerlo “cortito”; de este ilustre maestro supo que el orden y el mantener al día el archivo era la clave para acrecentarlo y conservarlo, así como para atender los requerimientos de los investigadores. De hecho, el mismo Lorenzo peleaba constantemente con *Pepe* y el motivo principal era la concepción particular que tenía cada uno sobre la propiedad y composición del archivo. Para el maestro Lorenzo, el Archivo Técnico debería estar separado del Archivo Administrativo ya que consideraba que el primero pertenecía al Consejo de Arqueología —del cual Lorenzo era presidente— y, por otro lado, el Archivo Administrativo debería estar en otra oficina. *Pepe* Ramírez siempre se negó a esta separación y desmembramiento, y su obstinación incluso pudo ocasionar que fuera separado del Instituto, y no precisamente por iniciativa de José Luis Lorenzo, sino porque en una reestructuración del INAH, el director general había decidido que parte del archivo debería ir a la Dirección y la otra parte se distribuiría en cada una de las unidades administrativas recién creadas. Sin embargo, *Pepe* se

opuso con argumentos sólidos, incluso contra la voluntad de un director general, y esto le valió amenazas sobre la permanencia en su cargo. Afortunadamente para él y para nosotros, *Pepe* logró mantener el archivo y volver a Monumentos Prehispánicos, oficina que había quedado acéfala momentáneamente de la urdimbre burocrática del instituto.

Esta misma pasión por mantener la cohesión del archivo, la ha llevado también a enriquecer el acervo a su cargo. De esta forma, el archivo ahora integra fondos especiales como el de Monumentos Prehispánicos, el cual fue publicado en 1987. Otro fondo más corresponde al de Jorge R. Acosta e incluye documentos importantes y personales generados por este gran personaje de la arqueología mexicana. La labor de incrementar el acervo también lo ha llevado a recuperar archivos y documentos personales de gente como Florencia Müller y César Lizardi. Más recientemente ha logrado que se incorpore parte del bagaje personal del doctor Román Piña Chán, otro de los investigadores prominentes del país.



Los documentos escritos no son la única información que *Pepe* Ramírez ha rescatado; también ha sido constante en la recuperación de planos y levantamientos arquitectónicos de sitios y monumentos arqueológicos y su empeño se ha

extendido a la recuperación de diapositivas y fotografías de excavaciones y materiales arqueológicos como vasijas, cuyos autores también fueron aquellos que fundaron el INAH y trabajaron durante la década de los años treinta. Su navegar lo ha llevado desde el ex Convento de Culhuacán, hasta lugares remotos en algunos estados e, incluso, hasta las casas de aquellos que fueron sus jefes y compañeros, y que ahora se han ido. Fuente inagotable, la mente de *Pepe* retiene la ubicación de documentos en otros archivos; utilizando un recurso nemotécnico ha construido lo que llama “redes”, lo que le permite orientar al usuario para que obtenga y consulte físicamente el legajo de su interés.

Pepe no se conforma con la historia de la investigación que a la fecha suma alrededor de 10 mil volúmenes solamente en informes técnicos. Al mismo tiempo, ha confeccionado y almacenado expedientes separados para tener la memoria de todas las acciones realizadas en cada una de las zonas arqueológicas del país. En éstos se puede encontrar todo lo referente a tierras, expropiaciones y operaciones de compra venta realizadas para que este patrimonio quede realmente en manos de la nación.

Asimismo, hay expedientes sobre las poligonales y las delimitaciones de cada sitio arqueológico. También hay información del mantenimiento y la limpieza de las que han sido objeto. Otros expedientes más, considerados de carácter confidencial, son los que se han ido integrando para cada uno de los arqueólogos que han trabajado en cada una de las zonas. Para *Pepe* Ramírez es importante que esta información esté separada por varias razones: para cumplir con la documentación general y, al mismo tiempo, asegurar que quien requiera de la información la tenga a la mano, pero también mantiene el secreto de la historia académica de cada uno de los investigadores del INAH o de otra institución —incluyendo la Universidad Veracruzana— que haya realizado trabajos arqueológicos en México.

Existe un mito alrededor de *Pepe* y del celo con el que resguarda el Archivo Técnico: nació cuan-

do un nuevo director general del INAH, decidió crear la Dirección —léase Coordinación Nacional— de Arqueología y Monumentos Prehispánicos transformándola en la Subdirección de Estudios Arqueológicos. Esta última contaba ya con una nueva sede, en el Centro Histórico de la Ciudad de México habiendo dejado sus oficinas de la colonia Roma, desde un año antes. Por su parte, el nuevo recinto de la Dirección —coordinación— de Arqueología, también en el Centro Histórico, fue la *Antigua Casa del Mayorazgo de Guerrero*, que en ese momento no contaba con instalaciones adecuadas para albergar el Archivo Técnico. Se dice que entonces *Pepe* decidió llevarlo a su casa, mientras se terminaba de acondicionar el espacio. En realidad, esto nunca sucedió, en cambio lo que sí es cierto es que *Pepe* esperó a la mudanza para acompañar personalmente el Archivo Técnico hasta su nueva ubicación, donde permanece hasta la fecha. En este lugar ha crecido aún más en volumen; el diminuto nicho destinado a este archivo se ha duplicado intensivamente en área —hacia arriba claro está— para poder almacenar todo lo que llega diariamente.

A *Pepe* casi todos lo conocimos desde que éramos estudiantes, siempre hemos encontrado en él la disposición y la sabiduría para enriquecer nuestros trabajos escolares y nuestras investigaciones profesionales. Quienes han demandado más de él, han obtenido mayor documentación sobre el sitio o el tema de interés particular. Otros más acuden con él para pedir información sin tener la noción clara de lo que solicitan: de repente le piden “todo lo que hay de arqueología en la Costa del Golfo” y él, pacientemente, los ha orientado para que definan precisamente qué es lo que les interesa. Esta labor va más allá de su jefatura de departamento, ya que es maestro no curricular de muchos de nosotros, porque gracias a él algunos hemos terminado tesis profesionales, artículos y libros. Nuestras obras han sido fortalecidas con la información y los documentos que poco a poco, y una vez que logramos que se involucre en nuestra investigación, nos va proporcionando. Así, nos ha hecho creer que el Archivo Técnico de la Coor-

dinación de Arqueología es una caja de sorpresas y que debe ser como un laberinto del que solamente él conoce los confines, como los bibliotecarios que retrató Humberto Eco en *El nombre de la rosa*.

Muchos de estos trabajos forman parte también del Archivo, muchos han sido regalos personales al encargado, y éste las ha ingresado para la consulta y el conocimiento de otros investigadores. También su trabajo ha inspirado tesis de maestría y doctorado que tratan sobre la historia de la arqueología mexicana. Otras publicaciones han salido de este Archivo. El incansable *Pepe* colaboró con Roberto García Moll para integrar el *Índice del Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos*, publicado por el INAH en 1987. Asimismo, aparece como colaborador en una antología de materiales arqueológicos y parte del acervo ha sido fundamental para la *Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología* del INAH y para la revista *Arqueología Mexicana*. Hoy en día, gracias a la iniciativa del licenciado José Muñoz Bonilla, entonces Director de Planeación, Evaluación y Coordinación de Proyectos, y de Beatriz Leonor Merino Carrión, y con el valioso apoyo del doctor Alejandro Martínez Muriel, coordinador de Arqueología, se inició la producción de la serie *Arqueología: diálogos con el pasado*, que es una obra dedicada a distintas zonas arqueológicas como Xochicalco, La Quemada y Monte Albán, donde se conjuntan fotografías y textos de los primeros trabajos realizados, así como información proporcionada por los investigadores que actualmente trabajan en ellas.

Lo paradójico de la vida profesional de *Pepe* es el hecho de que, a pesar de saber como nadie lo que se ha hecho en cada uno de los sitios arqueológicos, solamente ha visitado algunos de ellos. Teotihuacan, Tula y Monte Albán los conoció gracias a Jorge Acosta, su arqueólogo favorito, quien solía pedirle que lo acompañara; también conoce Xochicalco y Cantona. De Cacaxtla únicamente ha visto el domo porque se observa desde Xochitécatl, el cual visitó

cuando estaban en marcha los macroproyectos arqueológicos, entre 1993 y 1994. La costa del Golfo aún es territorio inexplorado para este personaje, únicamente conoce El Tajín, y lo hizo hasta 1995, invitado a colaborar para ordenar parte del archivo del proyecto arqueológico.

Pepe quiere jubilarse, ahora añora concretar un viaje siempre postergado por diversos motivos, que incluye ver desde Quiahuiztlan el mar donde desembarcó Hernán Cortés; observar los ladrillos de Comalcalco donde trabajó Ponciano Salazar, eterno compañero de cigarrillos y café durante las horas de oficina; recorrer las crujiás y los patios del Palacio que restauró don Jorge en Palenque y, quizá, llegar hasta la Acrópolis de Yaxchilán, lugar donde Roberto García Moll, a quien *Pepe* aprecia bastante, trabajó durante veinte años.

Pepe Ramírez ha atesorado documentos durante casi 35 años, gracias a él, generaciones de investigadores como cualquier interesado en el pasado de este país, han sido beneficiados de esta fascinación por la conservación de un archivo que conjunta gran parte del pasado prehispánico, así como la historia de cómo se ha ido reconstruyendo el México antiguo.

En su afán de mantener en uso el Archivo Técnico cuando deje el INAH, *Pepe* ha emprendido algunas actividades. Gracias a su colaboración y a la iniciativa del arqueólogo Ángel García Cook, entonces director de Arqueología, se terminaron de microfilmarse los textos, existentes hasta ese momento, del Archivo Técnico; también se construye una base de datos para catálogo, consulta y restauración del acervo y, finalmente, capacita a personal para que pueda continuar con su trabajo de más de tres décadas. José Luis Ramírez Ramírez tiene la esperanza de que llegue alguien como él, que tenga la misma pasión y que haga que la memoria de la arqueología mexicana siga manteniéndose como hasta ahora y se dé a conocer al resto de la gente. Por lo pronto, creo que muchos esperamos que continúe en su lugar durante más tiempo.